



En Bahía

El mar no quiere. Aire y nubes ponen refrendo á su mandato. Fuerza es retrasar el comienzo de esta excursión invernal por los mares de España, á bordo del *Felisa*.

A él me traen, nuevamente, solicitudes fraternales del capitán Barrosa y de sus compañeros; tráenme también el deseo, la necesidad de vivir aislado, dando espalda á los hombres. Estos baños de soledad son muy beneficiosos. Con ellos se limpia uno el alma de costras.

A eso vengo, á limpiarme, á desentumecerme espiritualmente, á ventilar mi alma, á abrirla bajo el cielo infinito, sobre las olas que rompen contra las bordas del *Felisa*, para darme paz en el rostro con un beso de espuma.

Cinco días de cautiverio llevamos en esta bahía de Vigo, lejos del puerto, cerca del sitio donde anclaron los incendiados galeones. Fuera temerario salir. El Océano gusta á las veces de estar solo, y castiga á quienes distraen su aislamiento. Dígalo si no el *Amazón*, de la Mala Real Inglesa, que, fiado en su poderío, metióse mar adentro, presentando á las olas batalla. Una ola, entrando por la proa del buque, barrió á los hombres en racimo. Dos han muerto. Los otros yacen en sus literas, rotos los huesos y vendadas las carnes. Fué un zarpazo brutal. El *Amazón* llegó á Vigo tambaleándose, como un gladiador herido en pleno pecho.

Antes que él llegaron los vaporcillos y lanchas pescadores: se les veía enfrontar las Cíes á saltos, como bestezuelas en acoso.

Hay que someterse á las voluntades del mar. Y aquí seguimos, anclados á distancia del puerto, viendo romper el Océano contra los peñascos, oyendo al viento silbar en la atmósfera, crujir en las arboladuras, gemir en los cascos, rugir en el vórtice de las olas.

Cuando el viento arrecia, la lluvia cruza oblicuamente el espacio, formando haces líquidos, que el viento desanuda y esparce en toda dirección. Si el viento se apacigua, la lluvia cae en bloque sobre las montañas y el mar. Son espesos y húmedos cortinajes, que se extienden á lo largo del horizonte, cortando el paisaje, borrándolo de nuestra vista, dejándonos cautivos en el interior de una campana de cristales raspados.

Un rafagazo tempestuoso descorre las cortinas. En visión rápida, surgen los montes verdes; los caseríos que sobre ellos platean; la ciudad, escalonándose en un cerro; los pueblecillos marineros, tendiéndose al largo de las playas; la ria, perdiéndose en un callejón esmeralda, alfombrado con musgo, coronado con pinos; las Cíes, abocetándose á distancia, como una escuadra espectro; las olas, rompiendo contra las Cíes en espumarajos hidrófobos.

Esta visión desaparece, como vino, súbita. El viento se encalma y el agua torna á caer en anchos y húmedos cortinones. El *Felisa* que-

da dentro de la campana gris. De vez en cuando, una gaviota visita nuestra cárcel, aletea contra las paredes de niebla, pone sus ojos en nosotros, y se aleja á todo volar, lanzando gritos plañideros.

...Y nuestra vida se desliza monótona, entre la lluvia del cielo y el oleaje del Océano. Los hombres del barco andan por dentro de la campana gris, dominados por la tristeza del ambiente, hablando poco, lo preciso, pensando por su cuenta cada uno y siguiendo los paseos del capitán Barrosa, que, á cada vuelta, enfrenta con las Cies, encoge bruscamente los hombros y torna á popa, haciendo un mohín de forzada resignación.

Algunas tardes nos calamos los abrigo y sombrero impermeables, ponemos pie en la lancha y ¡halal á la ciudad, desafiando viento y lluvia, para romper este vivir uniforme, aplastante...

Pocas diversiones ofrece la ciudad. En ella está la compañía dramática de Montijano, representando dramas á toda hora. Tres ó cuatro "cines" nos brindan películas de cuarta

mano y excéntricos de corriente excentricidad... No es gran cosa. A buen seguro dejaría á mis compañeros hacer el viaje solos, si no fuese por el café Victoria.

En este café hay un profesor de violín, un joven de veintidós á veintitrés años, que es sencillamente un artista. No sólo "ejecuta" á maravilla en las cuerdas de su instrumento, siente, vive la música, la mete, á golpe genial de arco, en el corazón de su público. Acaso le veamos algún día en Madrid, acariciado por el éxito, por la fortuna, por la gloria.

Hoy cobra cuatro ó cinco pesetas por noche, y distrae á los parroquianos, acompañado por el viejo Quilez, un gran pianista valenciano que se petrificó en Galicia.

El joven violinista, con quien he trabado amistad, se llama Celso Diez. En los intermedios me habla de sus esperanzas y de sus ambiciones. Yo le animo á luchar. Es un mozo fuerte. Puede ir lejos.

En Vigo ha conseguido un triunfo enorme: hacer que los parroquianos del Victoria callen cuando toca él.

Ninguno rechista; la conversación fina, los tacos quedan suspensos en el aire, las fichas inmóviles sobre los mármoles.

¡Poder invencible del arte! ¡Hasta los jugadores de dominó se rinden á tu imperio!

Bromas á un lado, Celso Díez es todo un artista.

¡Quién sabe si su alma de poeta traducirá alguna vez en notas musicales, la sinfonía prodigiosa que ahora entonan sobre el *Felisa* las aguas del mar, las nubes tormentosas del cielo y el huracán, que contra cielo y mar se encrespa, esparciendo la lluvia en haces y en espuma las olas!



De cara al Atlántico

El trajín de la marinería, los traqueteos de la máquina y las sacudidas del ancla me despiertan.

Señales son ellas de partida. Me restriego sorprendido los ojos, porque, al acostarme, el viento soplaba con furia, la lluvia sacudía firme y el mar alzaba hasta mis oídos alentares siniestros. No contaba yo entonces con que hoy saliéramos de Vigo; así es que, andando á tientas—es noche aún—llego junto al ventanillo del camarote, abro un cristal y saco la cabeza por el agujero redondo.

Bajo el cielo relumbra alguna estrella que otra; las nubes se rasgan en jirones, descubriendo cachos de azul; casi encalmado el

aire, apenas levanta rizos de espuma en la bahía. Las luces de Vigo brillan claras sobre un horizonte sin nieblas.

Dos buques de vapor, el *Dolores* y el *Cabo San Vicente*, hacen, junto al muelle, sus aprestos de marcha. Barcas pescadoras van mar afuera, con las blancas velas tendidas. A mi derecha, los trasatlánticos *Avon* y *Cap Finisterre* se yerguen altaneros. Parecen dos animalotes marinos de múltiples é incendiadas pupilas.

Ahuyento mi sueño á esponjazos; calzo las botas de agua, y, alzándome hasta las orejas el chaquetón, calándome hasta la nuca el casquete flexible, gano la cubierta y subo por la escalerilla del puente al encuentro del capitán Barrosa.

—¿Salimos?—le pregunto.

—Ya lo ves.

—¿Cambió el tiempo?

—De todo hay. Más allá de las Cíes, aún zurrará unas miajas. Pero sube el barómetro, el cariz del cielo no es malo; no es cosa de permanecer embotellados hasta la consuma-

ción de los siglos. También salen el *San Vicente* y el *Dolores*. Hasta Cádiz iremos juntos. Pide café y basta de plática, que hay prisa.

Tomo asiento en el banquillo de estribor. Mientras apuro á sorbos mi taza de café, contemplo las Cíes, que van surgiendo de la bruma para recibir la primer caricia del sol. Este alborea entre dos franjas opalinas. Su aparición es breve; grandes nubes lo ocultan; su luz desciende á tierra en rayos opacos, faltos de calor y de brillo.

Despacio, muy despacio, arrancaron los buques; pitaban á coro, balanceándose con gentileza moceril, dando al espacio airones de vapor. Según avanzaban, fué siendo más ligero su andar, sus balances, más bruscos. Al llegar cerca de Los Castros, saltaron sobre el oleaje, en planta de escolares, que se ven libres, después de una encerrona.

Subía y bajaba el *Felisa* con gallardía bravucona las anchas curvas oceánicas. Olas enormes enfrentaban con él, embistiéndolo, elevándolo sobre sus aristas, precipitándolo en concavidades siniestras. El casco crujía, la

arboladura retemblaba, jadeaba la máquina con jadeos de gladiador en brega. Rasgábase el mar en jirones blancuzcos, al golpe de la roda; rugían las olas, al ser holladas por el buque. Este, respondía escalándolas, batiéndolas con su hélice, despidiendo por la chimenea escupitajos de humo.

En los bajos Castro y Boeiro golpeaba rabiosamente el Océano. Sus olas trepaban por los peñotes á garrazos; cubrían los puntiaguados remates, partíanse contra ellos y se lanzaban al espacio epilépticas, babeantes, aullando su cólera.

Otras olas pasaban, rotas ya, al largo del Boeiro, sucediéndose sin interrupción, arañando las peñas. Parecían un rebaño de monstruos; una legión de osos polares, que iba y venía por las aguas gruñendo su hambre, acechando su presa, con las fauces desencajadas, las zarpas en reto y las pieles contraídas por un espasmo sanguinario y voraz.

Pasamos los bajos, y el Océano se ofreció á nuestra vista con terrible grandeza. Su hora trágica había ya pasado; pero aún le restaban

estremecimientos salvajes y bramidos feroces. Si no aplastaba, con el puño cerrado, zamarreaba á mano abierta. Al mazazo sucedía el cachete.

Las olas venían de los términos del horizonte lentas, espaciadas, casi ceremoniosas. Al llegar al *Felisa* se hinchaban y se deprimían, tal que si viviesen y respirasen. Súbito, embestían al buque, queriendo aplastarlo con la pesadumbre de su mole, asaltarlo, invadirlo, sepultarlo de un solo revés en la gran tumba verde. El buque ponía proa á la ola, trepaba por ella, afirmándose en el patín recio de la quilla, ganaba la alta cúspide y se dejaba ir ola abajo, volteando su hélice en el aire, metiendo la proa por el cóncavo, desapareciendo un momento en él y saliendo de él tembloroso, tambaleante, sudando espuma, escupiendo vapor.

No son estos mares de invierno como aquellos que surqué durante el verano, recibiendo á pleno rostro la luz tibia del sol, viendo las aguas esmeralda tenderse á mis pies, en guisa de tapiz, y ofrecerme, con su inofensivo olea-

je, repujaduras platerescas, facetas diamantinas.

Hablaba entonces el Océano de dulzuras, de placeres, de amor... Al sonar con el pensamiento su fondo, veíanse palacios de coral, camarines bordados con perlas, alfombrados con terciopelo de algas, iluminados con fosforescencias sensuales. Dentro de ellos, recostadas en cojines de espuma, desfallecían las diosas atlánticas, las de ojos verdes y cabellos color de bronce, tendiendo sus brazos, ofrendando á los amadores audaces el beso de sus bocas. El Atlántico hacia vibrar lujuriosamente sus ondas. Ellas cantarían la nupcia.

Ahora no es así. Nubes negras lloran sobre el mar las ausencias del sol; las aguas son plomizas. No se tienden amables al paso del viajero; se alzan contra él voceadoras, iracundas. Su oleaje es feroz; su espuma, biliosa; sus cambiantes, cárdenos. De tristezas y sufrimientos, de venganzas y de odios habla ahora el Océano.

Y si los ojos, clavándose en el cóncavo gar-

gantuesco que las olas dibujan, quieren entrar por él: si quieren sondar, con auxilio de la imaginación, el abismo que bajo el cóncavo se entreabre, vislumbran rocajes adustos, vegetaciones asesinas. Los corales se tuercen en garfio, prontos á desgarrar entrañas; sus rojos son de sangre; lágrimas petrificadas las perlas, que tiemblan en el interior de sus conchas; fortalezas inquisidoras, prisiones cruentas, los edificios que bajo las aguas se esfuman. Empedrados están con rocas punzantes; tapizados con mortíferos líquenes; guardados por espantables arañotas; servidos por gigantes pulpos, que offician de verdugos, en grutas enlucidas con fosforescencias violáceas.

Señores de aquel tártaro, son dioses atléticos, de cabezotas rudas, encuadradas por cbelleras crespas, de barbas rebeldes, donde tiembla la tempestad. Sus brazos amontonan las aguas y forman con ellas montes líquidos; después los empujan hacia la superficie para que la recorran en misión de exterminio.

¡Dioses bárbaros estos, que asoman en las

noches trágicas por las crestas del oleaje, sus rostros feroces; y aumentan con sus gritos el rugido del vendaval; y acompañan con el resplandor ígneo de sus ojos el viaje del rayo por las aguas y de la centella por las nubes!...

De luchas y peligros hablan los mares que surca hoy el *Felisa*.

Aun así y todo, bien vale la pena de arros-trarlos por el espectáculo grandioso que á los ojos presentan, por las intensas emociones que en el espíritu provocan.

En estas luchas, buque y olas, espumas y hombres, riñen á usanza de titanes. El varón combate al monstruo como en las estrofas homéricas. Mejores son estas luchas que las peleas ciudadanas: peleas de ratones, disputándose un mordisco de queso.

Por lo que hace á morir... Más vale caer á golpe de ola y ser devorado por monstruos marinos, que ir acabando, poco á poco, roído por bichos de dos pies.



Noche.

Poco antes del anochecer, el espectáculo cambió totalmente, como por tramoya. Fué un cambio rápido de telones, bastidores y bambalinas, hecho á usanza moderna, sin inter-medio, á la vista del público.

El viento saltó al Este, barriendo las nubes hacia el fondo del horizonte. Las nubes se transparentaron, se empurpuraron; descorriéronse, al fin, y el sol poniente se adelantó, cabeceando, sobre un cielo violeta. El mar era azul; las olas llegaban al *Felisa* acariciadoras, bordadas con festones de plata.

Una calma solemne presidía el adiós del astro, que iba hundiéndose poco á poco en las aguas. Enrojecidas por el beso del sol, pare-

rían arder. Humo eran de su incendio las anaranjadas neblinas que se dispersaban en la atmósfera. Acrecieron las palideces del crepúsculo; confundieronse cielo y mar en una sombra única, y advino la noche, presidida por Venus.

De codos sobre el puente, dejé que mis ojos, y con mis ojos mi alma, se perdieran en aquella inmensidad augusta.

El mar negreaba con reflejos azabachinos, sin un rizo de espuma. Sólo, junto al *Felisa*, cuando la proa rompía las aguas, fosforeaban éstas, abriéndose en estrias de acero. A popa, el voltaje de la hélice sacudía bruscamente las ondas haciéndolas saltar en estruendosos remolinos, donde brillaban todos los colores del iris. La estela se desenroscaba tras el prisma como una sierpe de alabastro.

Estrellas, constelaciones y luceros fueron bordando sobre el manto real de la noche grecas, rosetones, cintillos... Era una floración ígnea, desparramándose con artística promiscuidad por un jardín azul. Los luceros parecían solitarios capullos, balanceándose sobre

tallos de fuego; las grandes constelaciones se extendían en semicírculo, construyendo diamantinas guirnáldas, agrupándose en canastillos deslumbrantes, abriéndose en ramos cegadores; las constelaciones remotas daban la visión de florecillas campesinas, medio ocultas en el tapiz de hierbas lechosas, que estrellas innúmeras dibujaban con sus reflejos sobre el fondo infinito... ¡Flora sublime del espacio, que, á cuenta de perfume, desprendía por sus corolas partículas de luz!

Para tal prodigio celeste sólo había un trovador posible: el Océano. El lo cantaba con la voz grave de sus ondas, con la risa de sus espumas, con los suspiros que la brisa ponía en la corriente, con los sonos majestuosos que las aguas producían al partirse en la proa del barco, con los sensuales estremecimientos que ponía en los remolinos el volteo de la hélice.

Arrullado por esta música, me dejé caer contra el asiento de estribor y fui recorriendo el horizonte con las pupilas en curiosidad y el espíritu en éxtasis.

Por el lado de popa, á distancia, surgía de

tiempo en tiempo un relámpago, que alumbraba intensamente el mar. Era el faro del cabo San Vicente, guiando el viaje de los buques, centelleando entre obscuridades y neblinas, dejándose ver desde cien millas en contorno. Otras luces aparecían y desaparecían á derecha é izquierda, por frente y por detrás de mí. Venían de vapores en marcha. Sujetas á los palos, rojeando sobre los entrepuentes, constituían á la vez un saludo y una señal, una advertencia y un adiós. A babor se dibujaba una silueta temblorosa. Múltiples farolillos relampagueaban en ella. Tomárasela por un pueblo costero, y era un trasatlántico, una ciudad flotante, que pasaba por junto á mí, con sus habitantes, con sus edificios, con sus calles, en carrera fantástica, envuelta por torbellinos de humo.

La costa portuguesa se esfumaba en la lejanía espectral, imprecisa, tal que dibujada sobre el aire con brochazos de niebla.

Cerca de mí, inmóviles y mudos, hallábanse el timonel, apoyado en la rueda y el serviola escudriñando el Océano; iba el capitán

y venía de un extremo al otro del puente, con el cigarro entre los labios. Ni me habló ni le hablé. El estaba atento á su guardia; yo, á las ideas provocadas en mí por la espléndida noche atlántica.

¡Gran lección nos ofrece siempre á los hombres Naturaleza, nuestra madre, para que hagamos de cada existencia particular el arranque de una fraternal existencia común; para que, á su par, dibujemos en nuestro horizonte social mundos donde todos los humanos quepan y se desarrollen libremente; donde el bienestar, y la justicia, y el amor sean religión, derecho colectivos, no privilegio que algunos nada más disfrutan y sólo de vez en cuando, como por limosna, ofrecen á los otros.

Por miriadas cuento los astros en el espacio azul, y todos brillan sin obstáculo, y todos giran con amplitud dentro de sus órbitas, y ninguno es estorbo de su vecino; fraternalmente se conciertan para ofrecer al Universo la sublime comunión de sus luces. Por miles ruedan las olas sobre el mar, y tampoco se

estorban; y cada cual hace su camino libremente y libremente va á morir en la playa... Igual las flores en los naturales jardines, y los árboles en los bosques, y en los prados las hierbas. ¿Por qué los hombres no seguimos su ejemplo? ¿Por qué, si, encima de la tierra, hay sitio y dicha para todos?...

Abajo, en el entrepuente, cruje una cerilla. Su resplandor ilumina un hacinamiento, un ganado de hombres. Duermen contra unos pinos que forman parte de la carga.

Son emigrantes, que reembarcaran en Cádiz, para dirigirse á las tierras americanas en busca de pan, en demanda de la protección que su tierra natal les niega.

Estos no hallaron plaza, éstos estorbaban en su mundo... El hambre les empuja. Allá van, hacinándose contra los pinos muertos, en la noche serena, bajo el cielo, bordado de astros, sobre las ondas, que murmuran rimas de amor.

Tras del fiero espectáculo ofrecido por las nubes en tempestad, por el viento en locura, por las olas en convulsión, por las cóleras del

cielo y del Océano, que amenazaban destruirlo, pulverizarlo todo, vino este soberano espectáculo de la Naturaleza en calma.

Acaso, para que en el universo social reinen amor, fraternidad, justicia, sean menester cataclismos que derriben el mundo viejo; acaso después del cataclismo un mundo nuevo se levantará sobre cimientos firmes y refulgirá con luz pura, inmutable...



Vida á bordo.

La solicitud de estos amigos ha dispuesto mi camarote con tal esmero, con tales cuidados y perfiles, que para sí lo pidiera un prebendado en viaje y para ella lo solicitara, salvando ó agradeciendo la angostura del lecho, una pareja de amadores.

Recién pintadas las paredes, tal que esmalte relucen; á la izquierda cuelga la cama, con sus dos almohadas blanquísimas, sus sábanas de hilo y su blando colchón. Frente á la cabecera hay un calendario; lo sostiene un chiquillo entre rubio, de ojos verdes y pícaros, de gesto donde la inteligencia brilla, de labios donde la risa juguetea.

A la cabecera del lecho, pendiente de una

escarpía, hay un cestillo que me sirve de relojera, fosforera y *lentera*. En él guardo anteojos, cerillas y reloj.

La litera remata en cómoda, con amplios cajones para guardar la vestimenta; una silla de tijera roza con las almohadas. Contra la pared se apoya un mueblecito; cerrado, oficia de mesa escritorio; abierto, sirve de tocador. Nada falta, ni calefacción. Está el camarote enfrente de la máquina y de ella viene á mí un suave calorcillo, muy de agradecer en estas noches y madrugadas del invierno.

Sé por experiencia que no hay dicha sin pena, y me resigno á los inconvenientes de tal calefacción. La máquina, cuando estamos en marcha, produce un infernal estrépito. La primera noche no pegué ojo. Ya, como si no; puede resoplar el animalote de hierro; á sus resoplidos me duermo, tal que si arrullo fueran; hasta los echo menos cuando estamos sobre ancla. Me ocurre con ellos lo que con un cierto amigo de mi predilección. Es mi amigo la bondad personificada; pero por todo

gruñe. Pues bien; el día que no lo oigo gruñir, no ando á gusto.

Apenas alborea, salto de la cama, me lavo á chapuzones y, ¡halal!, derecho al puente, á aguardar, junto al capitán ó junto al segundo, que me traiga Salvador la taza de café.

Salvador es un camarero, que merece punto y aparte.

Dentro del barco apenas si habla lo preciso á sus menesteres. Ello no obsta para que sea afable, servicial, correcto y grave como un *swart* de la propia Albión.

Cuando Salvador pone pies en tierra, se transforma; la seriedad se trueca en jolgorio; un ancho cordobés ciñe su cabeza asturiana y allá va el hombre, donde haya guitarreo, cante y baile flamencos. Entre *cantaores* pasa el día y la noche, gastando su sueldo y sus propinas. Coge, por fin, la *mona*, la emprende con los guardias del Orden, que en todas partes son iguales, y remata en la prevención. Al día siguiente, es el hombre serio de costumbre. Como si no existieran en el orbe *cantaores* y guardias.

Luego de tomar el café, voy á encerrarme en la camareta de popa. Por ella se va á las que, en el pasado viaje, fueron mis habitaciones de verano.

Ahora resido en las de invierno. Tengo de unas y de otras, como los reyes, en los palacios que les da gratis el buen pueblo; también mi morada actual es gratuita; pero llevo dos grandes ventajas á los reyes: mis huéspedes me estiman y no hay temor de que me echen á puntapiés de la posada, como hicieron los revolucionarios con el rey Manuel, portugués. La playa por donde se fugó dibujóse frente á nosotros, hace unas cuantas horas.

En la camareta, que es una estufa de encristalados ventanales, plumeo estas crónicas, escribo mi novela *Los bárbaros*, que concluiré á bordo, ó planeo un drama titulado *Sobrevivirse*.

A las diez almorzamos el capitán, el segundo, los maquinistas, mi hijo Fernando y yo, en un comedorcito, improvisado junto á la máquina; la marinería almuerza en cubierta; el contramaestre, el cocinero y el mayordo-

mo, en una habitación frontera á la mía.

Son alegres nuestras comidas; las sazonomos con pláticas donde todo pasa revuelto: arte y náutica; mar y tierra; recuerdos de Madrid, proyectos ajenos y propios... Las risas y los diálogos de los marineros bajan hacia nosotros, coreando, fraternizando estos ágapes íntimos, que se prolongan entre aromas de café y humos de cigarro.

Cuando fina el almuerzo, solemos distraer la digestión escopeta en mano, tirando á las gaviotas, matándolas por el gusto bárbaro de matar. Aún mata por divertirse el hombre. Reminiscencias de la época salvaje, que no echamos de ver en nosotros, porque asesinamos bestiezuelas inofensivas, y que censuramos en los incivilizados cuando martirizan á un semejante, sin pensar que, para ellos, un semejante viene á ser algo así como una gaviota.

Terminada la *cacería* vuelvo á la camareta, á emborronar papel; de tiempo en tiempo hago pausas en mi trabajo; las dedico á la silenciosa contemplación del mar y del cielo. Entre los dos va dibujándose la costa.

De noche la señalan los faros.

A las cuatro se repite la escena del almuerzo. Paso una hora en el puente; después juego al *tute* con el maquinista, Saturnino Suárez, y con nuestro mayordomo, el insigne Corsino, gran tintero, gran políglota, gran revolucionario, en sus ratos de mal humor—lo tiene cuando pierde—, y sus miajas de escritor socialista, en sus minutos de ocio. Como somos amigos íntimos, me lee el hombre sus cuartillas. Yo las oigo y hasta las aplaudo.

A las ocho... Recostado contra la borda, evoco recuerdos, concibo esperanzas, sueño, con los ojos de par en par abiertos sobre el abismo verde, que espumea á mis pies, bajo el abismo azul, que flota sobre mi cabeza. Allá van las olas. ¿Quién sabe en qué playa les tocarán morir? Allá van las estrellas fugaces. ¿Quién sabe en qué punto del cielo se eclipsará su estela? Allá van los pensamientos míos... Tras ellos, voy yo, todo entero... ¿Dónde vamos en esas horas? Ni yo propio lo sé.



El pontón.

A la puerta del colmado andaluz, embutido el cuerpo en frailuno sillón, que enfrenta con el mar, pasa una hora y otra hora el viejo de los cabellos blancos y de las aborascadas patillas.

Frente á él, encima de una mesa, humea la taza de café ó lagrimea la copa de Ginebra.

Bajo la marquesina de cristales, está la mesa, á la parte afuera del establecimiento. Aquel anciano no gusta de emparedarse y entecharse, aspirando aire enrarecido por el vaho de cien respiraciones. Plácele una atmósfera franca, impregnada en las partículas salinas, que recoge la brisa de la bahía gaditana: